

El Desánimo: Un Ensayo y una Mirada

por Adriana Valdés

El desánimo (Ediciones Nobel), de Eduardo Sabrosky, llega a Chile algo tarde, tras haber sido premiado en España en 1996. Ofrece una reflexión lúcida, novedosa y consistente acerca del clima cultural contemporáneo, y al hacerlo comenta los avances en distintos campos de las ciencias y de las ideas. Las interconexiones entre disciplinas, la curiosidad intelectual, la precisión y un cierto tono a la vez parco e intenso hacen de su lectura una experiencia bastante excepcional entre las que ofrece nuestro medio. Quiero abordar este libro como un ensayo, en lo que esa palabra implica de forma literaria. El ensayo, al menos si le creemos a Adorno, es un "lanceo", una especie de aventura, un ir más allá de los límites de la disciplina, algo más y algo menos que la aplicación o explicación de un sistema. La posición del ensayista, decía Martín Cerda en un libro notable, *La palabra quebrada*, "es análoga a la del navegante que, después de sobrepasar el horizonte de lo conocido, se queda, por así decirlo, fuera del mapa...". El tema de este ensayo se insinúa desde la tapa. El ángel que abandona la familia de Tobías, de Rembrandt, representa al "ánimus", "el espíritu que confería significado a la experiencia de la modernidad". Este libro nos dice que ese espíritu "se desvanece en el aire, se marcha del mundo". De ahí el título, *El desánimo*. No es el nombre de una idea: es el nombre de un estado, de una "condición contemporánea", de un "clima", dice Sabrosky. Excede las ideas, está más allá y más acá, a la vez las convoca y resulta de ellas. El libro es una reflexión sobre esa condición contemporánea, una interrogación sobre sus causas y sus orígenes, un recorrido por diversas maneras de pensar ese clima, desde diferentes experiencias y distintas disciplinas, fundamentalmente la filosofía, pero también las ciencias. Y la literatura. La literatura es una fascinación, un amor más secreto que se aparece recorriendo el libro. Como referencia (pienso en el amor por Borges), pero también como práctica, entendiendo el ensayo como práctica literaria. Si la poesía, escribió alguna vez Enrique Lihn, es un rito solitario que tiene que ver con lo esencial con la muerte, tentada estoy de decir que el ensayo, como práctica literaria, es un rito que tiene que ver con lo esencial con la verdad. Pero de una manera muy rara, que *El desánimo* permite apreciar bien. Al ser un ensayo, desde su nombre mismo, no pretende decir ni tener ni hacer, ni ser la verdad (aunque, según Lukács, el ensayo esté "orientado hacia la verdad"). Siendo ensayo, tal vez no pretenda ser la última palabra, sino solamente ser una "palabra exacta", (eso es de Barthes), como exacta puede ser una caricia. Se trata de un juego con aproximaciones, del despliegue de un deseo: y el objeto de ese deseo es la verdad. Sin embargo, el ensayo no pretende apropiarse ni ponerle su propio nombre. Haciendo una analogía con un texto de Walter Benjamin sobre el amor platónico, el ensayista no



pretende apropiarse del objeto de su deseo ni tampoco ponerle su propio nombre (como acontece lenta hace poco en el matrimonio). En el ensayo, el nombre de la verdad queda intacto. "Esta es la sola expresión de la tensión, de la inclinación a la lejanía que se llama amor platónico". En ese juego, en esa relación con la verdad y el deseo de la verdad, se ubica *El desánimo*. Tiene también una particular relación literaria con las palabras. Se hace en ellas y con ellas. Sin las palabras puede haber ideas, pero no hay ensayo; el ensayo surge del roce entre las ideas y las palabras. "El ensayista no usa las palabras: no las emplea, invierte o gusta en el sentido que lo hacen el hombre práctico, el periodista o el escritor público... No hay, en efecto, verdadero ensayo sin juego de palabras, así como no hay amor sin juego erótico", dice también Martín Cerda. *El desánimo* juega con una palabra limpia,

Sin las palabras puede haber ideas, pero no hay ensayo; el ensayo surge del roce entre las ideas y las palabras.

que aparenta transparencia; con una palabra parca, pura; es un gozo más bien minimalista, expresión también, en el juego del eros, de una inclinación a la lejanía. Al leerlo se piensa en muchas lecturas de Borges, en la cuidadosa simplicidad de sus palabras. El lugar de la reflexión, de la contemplación (teoría) de este libro es el lugar del lenguaje, "círculo de interioridad, mundo iluminado que la humanidad puede habitar"; es el lugar de la cultura "vista como un gigantesco esfuerzo por

neutralizar los poderes inabarcables de la naturaleza, por evitar que esa pequeña perturbación, ese fenómeno emergente que es la humanidad sea reabsorbido en las ciegas aguas de la evolución." El lenguaje humano se opone a un cierto "rumor de fondo", el lenguaje que no es de los hombres sino de las cosas, de lo absolutamente otro, de lo que no tiene palabra. La cultura se opone a una cierta "ciénaga primordial" donde siempre se está a punto de caer. La imagen parodia del "danzarín al borde del abismo" es útil aquí. La contemplación, la teoría, es un momento lúcido, protegido y transitorio; es la ocasión de un juego brillante donde el hombre puede desplegarse; pero la humanidad —la humanidad genérica, pero también la humanidad propia— no es, en esta imagen, sino una pequeña perturbación, en el seno de una naturaleza regida por leyes crueles e incomprensibles; "divinas", es decir, "inhumanas". Las metáforas del comienzo y del final de esta "pequeña perturbación" que son el lenguaje y la cultura humanas refuerzan la idea de la danza al borde del abismo, característica de la reflexión sobre la condición contemporánea. "En el origen de toda cultura hay una explosión, una suerte de big bang lingüístico en el cual se constituye el capital de significados básicos que la definen. Cada cultura, podríamos decir, cuenca con una revelación, con un libro cuyos significados, enigmáticos pero eficaces, debe ir desentrañando; la vida de una cultura es lectura, interpretación." Al final de toda cultura, la catástrofe: la irrupción de "lo otro" en el círculo iluminado y protegido de la cultura y el lenguaje. La catástrofe, evento cegador y a la vez violento, la aniquilación, por exceso de saturación de los límites del mundo, es a la vez una revelación, es portadora de un "significado errante y sin contexto", como lo es el deseo para Lacan. Algo en la perspectiva del libro y de sus imágenes me hace asociarlo con dos aspectos de Walter Benjamin. Uno es el de la crítica y la reflexión cultural como actividad explícita. Otro, más oculto, es el de una mística fascinada por especulaciones lingüísticas en torno de esa forma de imaginación judía que es la cábala. Una instancia notable es la metáfora benjaminiana de la autofagia, de la modernidad como un monstruo que se consume a sí mismo. Otras, las metáforas referidas al libro y a la catástrofe, a las que he aludido. Caben aquí también las reiteradas metáforas borgeanas de temple semejante, como las de la Biblioteca de Babel o del poema *La suma*: recordemos a Borges como quien escribió *La vindicación de la cábala* y *La escritura de Dios*. A pesar del título del libro, hay que decir que en él hay un alicuto que excede su propia manera racional de argumentar y de definir. Junto con las ideas, este alicuto surge cuando se emparenta con metáforas de raíz cabalística, de un contenido que excede lo racional, con un significado errante y sin contexto, como el deseo mismo, como la misma catástrofe. Este alicuto es el que emfica la lectura y la hace, finalmente, una experiencia literaria. La de un ensayo verdadero, desde los cánones más exigentes del género.

El desánimo, un ensayo y una mirada [artículo] Adriana Valdés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valdés, Adriana

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El desánimo, un ensayo y una mirada [artículo] Adriana Valdés. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile